



DESCUBRIENDO QUIÉN ERES

Pistas para descubrir tu verdadera identidad

Dra. Melanie Wilson

¿Conoces el juego de mesa CLUE®? Se ha cometido un crimen y los jugadores deben descubrir la identidad del asesino. Para ello, hacen preguntas a los otros jugadores que les ayuden a descubrir la escena donde sucedió el crimen y el arma utilizada.

El proceso de buscar tu verdadero yo es muy parecido a jugar este clásico juego de mesa. Para saber quiénes somos, debemos considerar los lugares donde hemos estado, o sea, la escena; las armas que hemos usado, o sea, lo que hemos hecho, y lo que los demás dicen que somos. Ganar en el juego de CLUE resolviendo el misterio de quién fue el asesino es halagador; pero desentrañar el misterio de nuestra propia identidad es gratificante. ¿Estás listo para jugar?

Las habitaciones de tu vida: dónde has estado

En el juego de CLUE, cada jugador tira los dados y se va moviendo de una habitación a otra en el tablero provisto. En la vida real, todos hemos estado en diversos lugares. Esos lugares contribuyen a cómo nos vemos a nosotros mismos y cómo nos ven los demás. Por lo tanto, puedes encontrar una pista sobre tu verdadera identidad en los lugares que consideras han sido tu hogar. Cuando conocemos a alguien nuevo, es común preguntarle de dónde es o dónde vive, pues su respuesta nos aporta información importante.

Por ejemplo, yo nací en Estados Unidos y estoy orgullosa de mi nacionalidad. Pero mi autoimagen como estadounidense es muy diferente a la de mi amiga Marta, que acaba de hacerse ciudadana. Nuestra herencia nacional puede causarnos orgullo, vergüenza o incluso vulnerabilidad. Los refugiados de guerra, como Marta, pueden experimentar esas tres cosas con respecto a su nacionalidad.

Pero no solo soy estadounidense, sino también nativa del estado de Dakota del Sur. Muchos me dicen que nunca han conocido a nadie de Dakota del Sur. Si bien podría permitir que esos comentarios me hicieran sentir diferente de manera negativa, elijo disfrutarlos sintiéndome especial.

Pasé varios años de mi infancia viviendo en el campo y eso también me dio una sensación de distinción cuando me mudé a los suburbios. ¡No todos han tenido huevos, gallinas o animales en el patio de su casa! Mi vida en el campo también me enseñó que las personas eran confiables, mientras que la gente de la ciudad no lo era. La primera vez que viajé a una gran ciudad me aferré a mi bolso, segura de que me lo arrebatarían en cualquier momento. Obviamente, mi idea de los habitantes de la ciudad no estaba completamente basada en hechos.

Los lugares donde viví de joven me enseñaron que era única, confiable y bastante pobre. Durante un año viví en un tráiler, y bien sabía que las “personas de tráiler” no eran las mismas que las que vivían en los suburbios. Desde el principio supe que incluso las casas en las que vivimos dicen a los demás algo sobre nosotros. A mis padres les encantaba rehabilitar casas en ruinas. Cuando era adolescente y vulnerable a las burlas, lloré cuando vi la casa que mis padres planeaban comprar: su porche se estaba cayendo.

Nuestra identidad se forma no solo según de dónde venimos, sino también de dónde hemos estado. Durante mi infancia, mis padres se mudaron muchas veces dentro del mismo estado. Como resultado de cambiar de escuela con frecuencia, desarrollé la identidad de “alumna nueva”, la cual tenía ventajas y desventajas. A veces me veían como una persona interesante y a veces como una amenaza. Después de sufrir burlas en más de una escuela, me volví tímida y poco sociable. Empecé a verme como alguien que se sentía incómoda en situaciones sociales nuevas.

Cuando estaba en la escuela secundaria pude ver mi estado desde una perspectiva diferente. Tami, una joven que había vivido en Suecia y California, se unió a mi clase de secundaria de 53 estudiantes. Yo la veía como excitante y exótica porque había estado en muchos más lugares que yo, ya que antes de graduarme de la universidad nunca había estado fuera del país y solo había estado una vez en un avión. Con ayuda financiera y el dinero que recibí de regalo en la graduación, asistí a un seminario en Europa y la Unión Soviética sobre psicología oriental versus psicología occidental. Mi viaje de un mes agregó el título de “viajera del mundo” a mi identidad. Entonces me sentí tan exótica como Tami.

También dejé de pensar que era pobre. Siendo extranjera, en la Unión Soviética pude comprar en tiendas bonitas que vendían refrescos, dulces y recuerdos, mientras que los estantes de las tiendas de comestibles habilitadas para el público en general estaban casi completamente vacíos. Sus escaparates no mostraban las últimas modas, sino más bien una colección de lapiceras, una mercancía rara.

Los lugares de dónde venimos y los lugares donde hemos estado tienen una poderosa influencia en la formación de nuestra identidad. Nuestras experiencias en el trabajo, la escuela y la recreación también son lugares que nos dan pistas sobre quiénes somos.

Uno de mis primeros trabajos en la universidad fue como lavaplatos. Tenía que usar una camiseta del servicio de comidas que parecía anunciar mi estado financiero necesitado, y el trabajo no era agradable: tenía que sacar platos hirviendo de un lavavajillas industrial una y otra vez. Aunque era un trabajo importante, no me sentía importante. Busqué otro trabajo y encontré uno como secretaria en el departamento de campamentos de verano de idiomas extranjeros. Aunque todavía estaba haciendo tareas domésticas como rellenar y etiquetar sobres, me sentía mejor conmigo misma. Sabía que lo que estaba haciendo era una pequeña parte de un proceso emocionante.

Tu percepción de ti mismo será diferente según si has obtenido el diploma de la secundaria, si has trabajado a tiempo completo después de la secundaria o si has asistido a la universidad. El tipo de trabajo y educación que has tenido también afectará tu opinión sobre ti mismo. Si has trabajado en un restaurante de comida rápida desde que dejaste la escuela secundaria, es probable que tengas un autoconcepto diferente al de alguien que se graduó de la universidad.

Los lugares que hemos experimentado en el pasado dan forma a nuestra identidad al igual que los lugares en los que pasamos tiempo hoy. Mientras más horas pasemos en lugares como un gimnasio o un bar, más probable es que nos etiquetemos de acuerdo a ellos. Por ejemplo, podríamos pensar en nosotros mismos como “ratas de gimnasio” o “moscas de bar”.

Esas etiquetas pueden tener implicaciones tanto positivas como negativas. Si pasamos la mayor parte de nuestro tiempo en un club de campo o en un comedor de beneficencia, podemos asumir los estereotipos asociados con dichos lugares, sean o no ciertos de nosotros. Las actividades que realizamos en el gimnasio, el bar, el club de campo o el comedor, también determinarán cómo se verá afectado nuestro sentido de identidad. Si eres camarera en un club de campo, puedes hacer suposiciones sobre ti que una mujer que juega tenis en el club no haría. Si sirves en un comedor de beneficencia, probablemente te atribuyas características diferentes a las de alguien que come en ese comedor de beneficencia.

Por supuesto que los lugares en los que hemos pasado tiempo no determinan automáticamente nuestra identidad. Nuestras actitudes y creencias sobre esos lugares son de vital importancia. Por ejemplo, algunas personas pueden sentir que se refleja mal en ellos vivir en un tráiler o ser del campo, mientras que yo lo veo como parte del desarrollo de mi personalidad, como algo de lo que puedo estar orgullosa.

Si bien podemos elegir ver los beneficios de haber estado donde hemos estado, es importante reconocer que no en todos esos lugares hemos estado por elección propia. A menudo las personas me dicen: “El clima frío debe gustarte, pues eres de Dakota del Sur”. Sinceramente, no recuerdo haber dicho “Quiero nacer en Dakota del Sur”, ¡y no me gusta para nada el clima frío!

A veces nos atribuimos cosas de los lugares en los que hemos estado, cuando en realidad no somos responsables por ellas. Por ejemplo, podríamos falsamente asumir que si fuimos abusados fue por culpa nuestra, o podríamos asumir, también falsamente, que hemos tenido la suerte de crecer y vivir seguros porque somos personas buenas. Cuando completes el siguiente ejercicio, ten en cuenta la tendencia fuerte que tenemos a darnos crédito inapropiadamente.

Pista #1: Dónde has estado

En un papel, anota las palabras positivas y las palabras negativas que has usado para describirte en base a dónde has estado, y coloca un signo de interrogación al lado de las que ya no se aplican hoy a tu vida.

Las armas: lo que has hecho

En el juego de CLUE, las armas que interesan a los jugadores son elementos comunes como una soga, una llave inglesa y un candelabro. En la vida real, las armas que nos dicen más sobre nosotros mismos son nuestras palabras, acciones y pensamientos. En CLUE, las armas no son reales. En la vida, las palabras y acciones descuidadas causan sufrimiento real no solo a sus víctimas, sino también a quienes las usan.

Cuando se les pregunta si creen que irán al cielo, la mayoría de las personas dicen algo así como: “Creo que sí. No soy perfecto, pero soy una buena persona; nunca he matado a nadie y ayudo a las personas cuando puedo”. A menudo usamos nuestro registro de buenas obras como una forma de apuntalar nuestra imagen. Nos gusta centrarnos en las cosas que se enumerarían en nuestro obituario. Ningún obituario dice: “tenía muy mal genio”, o “era una chismosa terrible”. Al contrario, los obituarios recuerdan las cosas que registramos en las fotografías: los logros, los pasatiempos, la participación en la comunidad y las buenas relaciones. Por ejemplo, tengo fotos mías recibiendo mi doctorado en psicología, trabajando en eventos de la iglesia y abrazándome con mi esposo y mis hijos. Pero no tengo fotos mías sentada en un apartamento sucio e infestado de cucarachas mientras hacía mis estudios de posgrado, ni tampoco de cuando gastaba demasiado dinero en el centro comercial, y no tengo ni una sola foto mía gritándole a mi familia. Todo esto me hace más fácil pensar que soy una buena persona.

Sin embargo, como todos los demás, he dicho, hecho o pensado cosas de las que no estoy orgullosa. Simplemente no celebramos ni publicitamos las cosas negativas. Incluso tratamos de no pensar en ellas. Pero no podemos olvidarlas. Durante muchos años intenté ocultar que era extremadamente desorganizada. Si hubieras ido a mi casa hace años, te habrías asustado. Las cajas y cestas llenas de cosas las escondía detrás de puertas cerradas. A menudo llegaba tarde y olvidaba las citas que tenía fijadas, aunque me salía con la mía usando excusas creativas y disculpas. Mientras tanto, todos me felicitaban por lo organizada que era.

Mi encubrimiento engañó a otros, pero no pude engañarme a mí misma. Sabía que todo era una farsa, y me sentía miserable. Sufría una culpa terrible por mi vida engañosa. Estaba deprimida y muy confundida acerca de quién era yo realmente. ¿Era la mujer organizada que los demás veían? ¿O era la mujer mentirosa y descuidada que aparecía en privado? No lo sabía; pero estoy segura de que una de las razones por las que me sentí atraída por la psicología fue para poder encontrar la respuesta. Pensé que tal vez si me entendía más, podría controlar las muchas cosas que se sentían muy fuera de control.

Una de las estrategias que aprendí para mejorar la autoestima en mi formación en psicología fue cambiar mi diálogo interno. La idea es que el diálogo interno positivo te hará sentir mejor contigo mismo. Así es que comencé a usar afirmaciones como: “Soy delgada. Soy organizada”. Supuestamente, esto me iba a convertir en una mujer delgada y organizada... mientras seguía comiendo en exceso y dejando que los platos se acumularan durante días. Pero este pensamiento tradicional sobre la autoestima es defectuoso. Simplemente no podemos aceptar la idea de que somos buenos cuando conocemos todos nuestros pensamientos, palabras y acciones vergonzosas.

Incluso cuando admitimos haber actuado mal, a menudo tratamos de evitar asumir la responsabilidad por ello: si comemos en exceso es por culpa de nuestros genes; si somos desorganizados es porque así fuimos criados; y si tenemos una baja autoestima es por culpa del último novio o novia que nos dejó. Hacemos lo mismo que si estuviéramos escribiendo un obituario: le damos un giro positivo a la realidad para tratar de consolarnos por un tiempo.

Pero el único ser humano al que no podemos mentir para siempre es a nosotros mismos. Sabemos la verdad y sabemos que somos responsables por lo que hemos hecho. Sabemos que no es culpa de un metabolismo lento, sino de la pizza entera que nos comimos; sabemos que mamá no fue quien dejó acumular sobre la mesa las cuentas sin abrir y que no teníamos que creer que no valíamos nada solo porque un hombre nos maltrató. Pero admitir sin excusas la verdad de lo que hemos hecho nos da miedo, porque nos arriesgamos a ser ridiculizados y rechazados. Sin embargo, el reconocer la verdad puede ser liberador. La mayoría de las veces, los demás aprecian la honestidad y la humildad que se requieren para mostrar el verdadero yo.

Pista #2: Lo que has hecho

En un papel, anota las palabras positivas y las palabras negativas que has usado para describirte en base a lo que has hecho, y coloca un signo de interrogación al lado de las que ya no se aplican hoy a tu vida.

Los testigos: quién dice la gente que eres

Los jugadores de CLUE investigan el misterio yendo de una habitación a otra y hacen inferencias acerca del dónde, qué y quién del asesinato. Pero también se apresuran a señalar cuándo esas inferencias son equivocadas. En la vida real, a menudo somos demasiado rápidos para creer que las inferencias de los demás son ciertas.

Hay veces en que las inferencias que las personas hacen sobre quiénes somos pueden influir en nuestra vida para mejor. Desde pequeña mi madre siempre me dijo que no había nada que no pudiera lograr. Yo le creí, y mi creencia en su inferencia jugó un papel importante en los logros que he tenido a nivel profesional y continúa afectándome hasta el día de hoy de manera positiva.

Un estudio realizado en 1968 proporcionó evidencia de que las personas viven de acuerdo a las etiquetas, expresadas o no, que otros les ponen. Para hacer ese estudio, tomaron a un grupo de estudiantes de un mismo nivel, capacidad y preparación, y lo dividieron en dos grupos. A los maestros les dijeron que un grupo estaba compuesto por estudiantes brillantes, mientras que los estudiantes del otro grupo eran lentos para aprender. Si bien los maestros nunca “etiquetaron” a sus estudiantes directamente, tal como se sospechaba su comportamiento afectó los puntajes de las pruebas. Este efecto de la expectativa en el comportamiento se conoce como el *efecto Pigmalión* o el *efecto de la profecía autocumplida*.

El poder del aliento y estímulo no puede ser minimizado. Cuando era estudiante de secundaria mi maestra de inglés, a quien admiraba mucho, escribió en mi cuaderno que esperaba leer algún día uno de mis libros. Todos estos años me he aferrado a ese cuaderno y recientemente tuve el placer de enviarle una copia de mi primer libro. Sus palabras hicieron posible que, desde niña, me viera a mí misma como escritora. No es inusual que nos aferremos toda la vida a las palabras de afirmación que recibimos. Parece que las palabras buenas son más difíciles de recordar que las hirientes.

Las etiquetas positivas pueden motivarnos incluso cuando no son del todo precisas. Una vez aconsejé a un joven estudiante universitario que tenía un coeficiente intelectual apenas superior al retraso mental. Me asombraba que siempre tuviera un promedio de C, pero sabía que trabajaba largas horas para obtener esos grados. Creo que su padre o un consejero escolar habían inferido que era “material universitario”. Si bien eso no era exactamente cierto, su creencia en su habilidad hizo realidad su logro.

Si tu identidad solo se hubiera descrito en términos brillantes, probablemente no estarías leyendo esto. Lo más probable es que una de las razones por las cuales deseas comprender quién eres realmente, es porque has recibido mensajes contradictorios. Algunas personas te han dicho cosas muy buenas y otras te han dicho cosas no tan buenas. Entonces, ¿cuál es la verdad? La verdad es que las etiquetas negativas duelen. La etiqueta de “lento”, en el experimento del aula, perjudicó el rendimiento de los estudiantes. No hay datos al respecto, pero estoy segura de que también fueron heridos emocionalmente. Es posible que se hayan preguntado ¿por qué mi maestro no me ayuda? Tenemos una tendencia natural no solo a luchar para ser todo lo maravillosos que la gente dice que somos, sino también todo lo terribles.

Cuando uno de mis hijos tenía dos años y todavía no hablaba, se enojaba porque no lograba comunicarse. Ese enojo lo expresaba gritando, y sus gritos eran muy cansadores para una madre con tres hijos menores de tres años. En un esfuerzo por tomarlo con humor, comencé a llamarlo nuestro “pequeño terrorista”. No sé si alguna vez me escuchó decirlo, pero no fue necesario. Yo lo creía y lo estaba tratando como si fuera un maniaco terrible fuera de control. Hasta que me di cuenta de que, si no quería que mi hijo viviera de acuerdo a mis expectativas (de pequeño terrorista), no podía seguir etiquetándolo o incluso pensar en él de esa manera, por lo que comencé a referirme a él como “enérgico”.

Esa tendencia a cumplir las expectativas de los demás es la explicación que a menudo doy para las mujeres que continúan en un ciclo de violencia doméstica. A menudo, las mujeres que son víctimas de violencia doméstica también fueron víctimas de abuso infantil. Aunque el abuso físico deja sus huellas, el abuso emocional deja cicatrices que nunca desaparecerán. Que de niño te digan que eres “bueno para nada”, “estúpido” o “feo”, hace que sea más fácil creerle a un hombre que te dice que nadie más te querrá. Desafortunadamente, el impacto emocional de tales palabras no se puede influenciar fácilmente con los hechos.

La opinión que los demás tienen de nosotros a menudo es incorrecta porque, o se basa en las apariencias externas o trata de satisfacer las necesidades emocionales de quien la da. Y la realidad es que no podemos conocer bien a todas las personas. Solo podemos observar su forma de vestir, sus expresiones y sus hábitos. Entonces, para dar sentido a nuestro mundo lleno de tantas personas, hacemos ciertas suposiciones sobre ellas en función de lo que vemos. Esto lo hacemos incluso con aquellos a quienes conocemos bien, porque no conocemos el pensamiento y la motivación que hay detrás de sus comportamientos.

Cuando estaba en la escuela secundaria celebramos el regreso a las clases con el “Día de la Bolsa”, día en el cual se animaba a todos los estudiantes a vestirse con bolsas de plástico. Yo estaba ataviada con mi mejor bolsa para basura y aretes de plástico amarillos hechos con las asas de la bolsa. Por alguna razón, decidí que las viejas zapatillas de tenis de mi padre eran el complemento perfecto para mi vestido de bolsa de basura. La escuela quedaba bastante lejos por lo que, al ver que el tanque de gasolina del auto estaba en E, le pedí dinero a mi papá para llenarlo. Pero él me explicó que cuando la aguja estaba en la E todavía tenía un cuarto de tanque, por lo que iba a estar bien. Así que conduje hasta la escuela sin preocuparme por el tanque vacío. Es decir, hasta que el auto dejó de funcionar y quedé varada en un camino rural. Afortunadamente, un camión utilitario pronto se detuvo detrás de mí. Me emocionó que el conductor tuviera un tanque con cinco galones de gasolina en su camioneta que estaba dispuesto a darme sin cargo (dijo que les cobraría a mis padres). Por más que traté de explicarle mi atuendo contándole sobre la fiesta de la escuela y el “Día de la Bolsa”, él seguía pensando que estaba loca. Todo lo que dijo a mis apasionadas explicaciones fue: “Ajá”.

Hasta cierto punto uno puede juzgar un libro por su portada, pero nunca podremos saber la historia real hasta que miremos adentro. Como nadie puede mirar dentro de nuestro corazón y mente, no debemos aceptar la opinión de nadie sin cuestionarla. Las inferencias de otras personas sobre nosotros se basan en la apariencia externa, pero también en sus necesidades personales. El hombre abusivo que le dice a su esposa o novia que nadie más la querrá. ¿Su declaración se basa en hechos o refleja su temor de que ella lo deje? Lo que motiva su cruel y equivocada evaluación de ella es su necesidad de seguridad.

Los testigos que declaran en un juicio siempre son cuestionados sobre su motivación para testificar. Por lo general, no confiamos en los testigos que de alguna manera se benefician de lo que dicen. Sin embargo, cuando se trata de confiar en lo que los demás dicen sobre nosotros, tendemos a ser menos escépticos. A lo largo de los años tuve amigas muy cercanas que eran muy inseguras. Cada amistad parecía ir bien hasta que me acusaban de ser una amiga terrible, de tener motivos malvados para decir y hacer lo que decía y hacía, cosas que no eran para nada ciertas. Aun así, durante muchos años acepté la etiqueta de “amiga terrible”, e hice todo lo posible para contrarrestarlo. Me desvivía para ser amable con las personas que habían sido muy desagradables conmigo. Hoy entiendo que, al declararme como su problema, esas mujeres querían sentirse mejor consigo mismas.

Cuando alguno de los jugadores de CLUE confía en que puede resolver el misterio, hace una acusación. Si está en lo correcto, gana el juego. Pero si se equivoca, es expulsado del juego. ¿Alguna vez has sido acusado falsamente? Yo lo he sido. ¡Y es un sentimiento horrible! Pero para mí, las acusaciones más perturbadoras son aquellas de las que no puedo defenderme porque sé que soy culpable. Actuemos mal o no, todos compartimos un acusador. Se llama Satanás.

Aunque Satanás no conoce nuestros pensamientos, está bien al tanto de todas nuestras palabras y acciones. Él sabe más que suficiente para enjuiciarnos y, desafortunadamente, tiene la evidencia necesaria para encontrarnos culpables. La Biblia llama de “pecado” a todas nuestras malas acciones. En el juego de CLUE, el crimen cometido es un asesinato, pero la Biblia deja en claro que el “pecado” abarca más que los delitos mayores como la violencia. El pecado es egoísmo, pereza, orgullo, ira, deshonestidad y mucho más. Ninguno de nosotros puede decir que es inocente. En CLUE, Satanás no sería expulsado del juego sino que ganaría, porque su acusación de nosotros es acertada. Afortunadamente, el tribunal de Dios no permite que Satanás gane su caso. De hecho, Satanás es quien será expulsado de la corte y encadenado.

En la corte de Dios, quien está a cargo es su hijo Jesús. Aunque Jesús ha sido herido y humillado por todos nuestros pecados, él se levanta en nuestra defensa. No es que no piense que somos culpables; ¡él sabe mejor que Satanás que lo somos! Pero él ya ha pagado el castigo por nuestros crímenes.

Jesús murió una muerte horrible e injusta en una cruz debido a la Ley que Dios estableció desde el principio: el castigo por el pecado es la muerte. Aunque Dios tenía que ejecutar su justicia, no podía soportar que nos separáramos de Él para siempre por causa de nuestro pecado. Entonces tomó sobre sí mismo el castigo que nosotros merecíamos. Gracias al sacrificio de Jesús en la cruz, en la corte de Dios somos declarados inocentes.

Los amigos, familiares y compañeros de trabajo que hacen inferencias, o acusaciones, pueden estar equivocados porque se basan en nuestra apariencia externa. Jesús, sin embargo, lo sabe todo. Si tus seres queridos y allegados vieran una película de todo lo que alguna vez has pensado, dicho y hecho, ¿seguirían queriéndote? Mi respuesta a esa pregunta es “probablemente no”. La buena noticia es que Jesús ha visto esa película. Él sabe absolutamente todo sobre ti y sobre mí. Y aun así nos ama.

El capítulo 4 del Evangelio de Juan cuenta la historia de una mujer a quien Jesús amaba. Su identidad se basaba en el lugar de donde era: Samaria, y los samaritanos eran personas a las que los judíos despreciaban. Su identidad también se basaba en lo que había hecho: se había casado cinco veces y vivía ahora con un hombre con el que no estaba casada.

Incluso en la cultura liberal actual, esto no sería muy bien visto. Es seguro suponer que esa mujer no se consideraba a sí misma como un éxito. Su identidad también se basaba en lo que otros decían sobre ella. Era una mujer en una cultura que no valoraba a las mujeres, especialmente a las mujeres divorciadas. Lo más probable es que el resto de su comunidad la ignorara o criticara.

Pero un día, cuando estaba en el pozo buscando agua, Jesús le habló y ella se sorprendió. ¡Estaba hablando con un samaritano y mujer! Eso era algo totalmente inaudito. Luego le dijo que sabía que se había casado cinco veces y que estaba viviendo con un hombre, y le dio la buena noticia de que él era el Mesías que la salvaría a ella y a su pueblo de sus pecados. Y ella le creyó. ¡Realmente la conocía y la amaba! Jesús habría tenido razones para criticarla; sin embargo, sabía que lo que ella necesitaba era amor, perdón y aceptación.

Dado que Jesús no tiene pecado y no tiene ni un sesgo egoísta al evaluarnos, podemos creer lo que dice acerca de nosotros.

Cuando Jesús es nuestro Defensor y Salvador, la Biblia dice que tenemos una nueva identidad:

“Saludamos a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los que han sido santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santos, junto con todos los que en todas partes invocan el nombre del Señor Jesucristo, Señor suyo y nuestro” (1 Corintios 1:2).

“Por tanto, no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

“De modo que si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo!” (2 Corintios 5:17).

“En él [Jesús], Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, para que en su presencia seamos santos e intachables” (Efesios 1:4).

“Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas” (Efesios 2:10).

A través de Jesucristo nos convertimos en santos, pero también seguimos siendo pecadores mientras estamos en esta tierra:

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8).

“Hijitos míos, les escribo estas cosas para que no pequen. Si alguno ha pecado, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

Alguien lo resumió de esta manera: “¡Anímate! ¡Eres peor de lo que piensas!” Somos peores de lo que pensamos, pero eso hace que valga la pena celebrar lo que Jesús ha hecho por nosotros en la cruz y su continuo amor por nosotros.

Pista #3: Quién dice la gente que eres

En un papel, anota las palabras positivas y las palabras negativas que has usado para describirte en base a lo que otros han dicho sobre ti, y coloca un signo de interrogación al lado de las que ya no se aplican hoy a tu vida.

Resolviendo el misterio

Has examinado la evidencia en tu contra, has visto las habitaciones, las armas y los testigos. ¿Dónde pondrás más peso: en los lugares donde has estado, en las cosas que has hecho o en el testimonio de los testigos oculares? Espero que valores el testimonio de Jesús, el Testigo que ha estado presente desde antes de que nacieras. Él sabe cómo eres y, aun así, te ama. Jesús no solo es tu testigo ocular, tu defensor y tu héroe que entregó su vida por ti, sino que también es tu consejero de rehabilitación. Con Jesús puedes comenzar una vida nueva, dejando atrás el pasado. Filipenses 4:13 dice: *“¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!”* ¡Este es el aliento de Dios para todos nosotros!

Vuelve a leer todas las palabras que has escrito en las pistas 1 a 3 y pon una cruz sobre las palabras negativas. Gracias a la victoria de Jesús, esas descripciones ya no son ciertas para tu vida. Pon un corazón alrededor de las palabras positivas que has escrito. Ellas son ciertas para ti cuando Jesús, el Consejero por excelencia, vive en tu corazón.

En el juego de mesa CLUE, los jugadores van de una habitación a otra para tratar de descubrir la identidad del asesino. Nosotros también queremos descubrir nuestra verdadera identidad. Buscamos pistas en los lugares en los que hemos estado, en las cosas que hemos hecho y en las formas en que otros nos describen. Pero el misterio de nuestro verdadero ser solo se puede resolver en Jesús, quien pagó el castigo por nuestros crímenes y echó del juego de nuestra vida a Satanás, nuestro acusador.

Confiar, por el poder del Espíritu Santo, en lo que Dios dice acerca de nosotros en la Biblia, es el camino hacia una identidad ganadora.



Copyright © 2020 CPTLN
Revisión 2024
Todos los derechos reservados

Cristo Para Todas Las Naciones es la división hispana de Lutheran Hour Ministries,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS84